

EL MONO VESTIDO

Resumen:

El género humano se caracteriza por tener una piel suave, delgada y carente de protección contra el frío, por lo que Desmond Morris en su libro lo llamó el “Mono Desnudo”. Esta limitación se compensa con su psiquismo superior que le permite modificar el entorno físico y así satisfacer sus necesidades, habiendo surgido el vestido como elemento exclusivo del mono vestido que, con el desarrollo de las culturas, fue adquiriendo otras funciones como cumplir con normas de pudor, satisfacer los afanes de ostentación, dar una respuesta a la vanidad, señalar jerarquías. Primero fue el cuero como subproducto de la caza, luego fibras animales y vegetales. La seda, generada por la laboriosidad de los gusanos, ha jugado un muy importante papel en las funciones de la vestimenta como un género especial por sus cualidades intrínsecas y por ser considerada por las diversas culturas como un material que supera, en muchos aspectos a los demás.

Un viejo refrán, parece que originario de la América Hispana colonial dice: “aunque se vista de seda la mona mona se queda”. Una de las varias interpretaciones de su sentido parte de que, en aquellos tiempos, usos, costumbres y disposiciones provenientes de autoridades permitían que solamente las personas consideradas blancas, es decir españolas peninsulares o nacidas en América, podían usar este tipo de tela para su vestimenta, estando excluidas quienes no reunían estas condiciones. Algún documento de Lima nos habla de las sanciones de que eran objeto personas consideradas negras o mulatas que contravenían esta disposición y que consistía en la confiscación de la prenda de vestir en el primer caso, lo mismo más doce azotes si reincidían y si ocurría por tercera ocasión, la expulsión de la ciudad.

Las limitaciones económicas de España y el afán de incrementar recursos por cualquier medio, llevaron a que en los finales de la colonia aparecieran las “cédulas de gracias al sacar” consistentes en la compra documentada de la condición de blanco o blanca—algo similar ocurrió con títulos de nobleza—lo que fue aprovechado por personas de raza negra o mulatos con el fin de disfrutar de los privilegios legales que esta situación implicaba. Como en muchos casos, disposiciones administrativas y políticas introducían cambios aunque no se dieran en la realidad, pues los nuevos “blancos” mantenían el color moreno de su piel ya que las técnicas médicas de aquellos tiempos ni de lejos habían logrado introducir estas modificaciones biológicas en lo que la naturaleza dio. Algunas mulatas que hicieron uso de esta nueva condición, se dice

que ostentaban con fuerza su nuevo estatus vistiendo lujosos y vistosos ropajes de seda, ante la impotencia de las blancas reales que no tenían ningún recurso jurídico para “hacer respetar” este privilegio.

Una manera de vengarse de esta “intromisión” fue el humor que, entre otras cosas, se plasmó en este dicho usando el término mono para referirse a mujeres con sangre negra por una supuesta similitud entre esta raza y esta especie animal que la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin, varios años después, la ubicó entre la más cercana a la especie humana. No tiene este artículo el propósito de analizar los dañinos prejuicios racistas que se encuentra detrás de esta conseja. Lo que pretendo es hacer algunas reflexiones sobre el vestido como un elemento distintivo entre el ser humano y los demás integrantes del reino animal, sus diversas funciones comenzando por la más elemental de protegerse del frío y abordando algunas otras como la de indicar categoría social dentro de las diversas culturas. Este dicho testimonia de manera clara como la seda fue -y

en varios casos sigue siendo- un material destinado por sus condiciones específicas a designar la elevada condición social de los que la usan con todo el componente cultural que trae consigo. La valoración de la seda dentro de esta categorización –con todos sus daños y beneficios- creada por la humanidad, merece algún tipo de comentario.

El mono desnudo

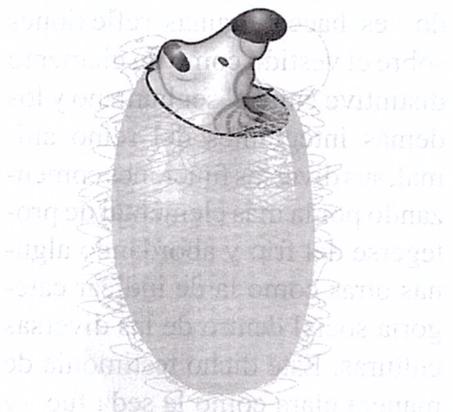
Hace algunos años Desmond Morris escribió un libro con este título que tuvo notable acogida. La teoría de la evolución de las especies enunciada por Charles Darwin en la segunda mitad del siglo XIX ocasionó tremendo escándalo en el ámbito religioso cristiano occidental, cuyos voceros creían que la Biblia, incluido el viejo testamento, era algo así como un texto de historia indiscutible pues su autor era Dios quien, por definición, podía estar equivocado. La creación del mundo como la relata el Génesis, era algo indiscutible e inquestionable incluyendo el muñeco de barro al que, mediante un

soplo, le dotó de alma y la extracción de la costilla para evitar su soledad y propiciar la existencia en pareja con todos los encantos de esta complementariedad biológica y psicológica.

Ni por mal pensamiento pretende este artículo remover las agrias polémicas en torno a la evolución de la especie y la injuria que significaba para los seres humanos – autocalificados reyes de la creación- emparentarlos, aunque sea lejanamente, con los grotescos monos que, aunque graciosos y divertidos, eran parte del reino animal y carecían de alma. Las discusiones teológicas quedaron ya en el pasado, aunque no tan lejano, pues el jesuita Pierre Teilhard de Chardin, científico de primera plana que aportó con el descubrimiento del “sinanthropus” a los avances en la evolución de las especies y sostuvo con solidez teológica la compatibilidad de este planteamiento científico y la doctrina judeo cristiana, no fue bien visto por las altas esferas del Vaticano. No debemos tampoco olvidar aquella parte de esta narración bíblica en la que un Adán, avergonzado por su

desobediencia, se oculta y ante los llamados del Señor responde “aquí estoy Señor desnudo” pues siente una vergüenza que antes no experimentaba por la ausencia de vestimenta

La evolución de las especies es algo que, en nuestros días, casi nadie niega y los avances científicos en el proceso evolutivo desde nuestros antecesores cercanos, los simios y el ser humano han progresado mucho. El crecimiento del cerebro culminó en que estemos dotados de siquismo superior y que en nuestra conducta pasen los instintos a segundo plano y que, gracias a la creatividad, la manera de organizar nuestras existencias,



como individuos y colectividades, dependa de una serie de ideas, creencias, normas de comportamiento, técnicas y muchos otros elementos que a lo largo de los siglos han sido creados por quienes nos antecedieron y se modifican y actualizan a las nuevas condiciones a ritmo cada vez más rápido. La interrelación entre lo biológico, lo síquico y lo cultural es intensa, de allí la curiosidad por conocer, con la mayor amplitud posible, cómo modificaciones en alguno de los ámbitos, inciden en cambios en los otros y en la organización colectiva.

Sin ir más allá de la superficie corporal, encontramos entre el ser humano y nuestros cercanos parientes una importante diferencia en la piel. En los segundos se trata de una capa envolvente gruesa y generosamente cubierta de pelo que desde su nacimiento se proyectan hacia abajo, exonerando a los animales de la complicada, costosa, ostentosa y generadora de envidia tarea de vestirse. El cuero cabelludo lo podríamos interpretar como un rezago de la piel animal –de allí que utilizemos el término cuero y si

alguien hablara de la piel cabelluda causaríamos, por lo menos, sorpresa. El pelo crece con abundancia en esta parte del cuerpo, hay brotes en las axilas y el pubis; en el caso del hombre en la cara estando –para bien o para mal- la mujer excluida de este rasgo. En el resto del cuerpo, piernas, pecho, brazos quedan huellas de su condición prehumana en proporciones reducidas y variables según las razas.

Verdad es que la piel y la pelambre varían de especie animal a especie animal y, en menor grado, dentro de razas de una misma especie, pero en el caso del ser humano podemos hablar de un cambio desventajoso –y si nos ponemos en plan de luchadores por la justicia social- discriminatorio. Abandonada a la naturaleza la piel humana es vulnerable a toda suerte de agresiones; si el frío hace compañía a la oscuridad de la noche, su desnudez se rinde fácilmente ante la temperatura como lo manifiestan las inagotables letanías de chiriches orquestada por temblorosos labios.

Cuanta envidia provocan las pieles de las martas y chinchillas,

envidia que luego se transformó en venganza cuando se dedicaron a sacarlas de sus madrigueras para extraer esas pieles preciosas y elaborar con muchas de ellas abrigos para cubrir perfumados cuerpos de damas ostentosas que al lucir estos forros demostraban estar forradas en dinero, siendo en este caso las pieles animales un muy coherente equivalente de lo dicho, debido al sentido polisémico del término forrar. El sol alivia estos temblorosos fríos, pero no por mucho tiempo pues, a medida que se eleva en el cielo su tibieza se transforma en candente calor que enrojece la piel, hace brotar ampollas –única forma de protesta de un acanallado “cuero” desprotegido- para clamar luego misericordia ante el menor roce, aunque sea de fina seda.

¿A que se debió ese cambio? Fialkowski enunció una hipótesis que, en resumen nos dice que todo se inició con el cerebro que comenzó al crecer de manera desmesurada en relación con sus cercanos animales, Cuando aún estaba a siglos de distancia la agricultura, nuestros antecesores debieron so-

brevivir de la caza compitiendo, en cierto sentido, con otros depredadores. Una de sus ventajas era contar con abundantes células en el cerebro que le evitaba sufrir daños ocasionados por el calor; así, a diferencia de sus competidores que con el sol ardiente se veían obligados a buscar sombra, podían continuar sus correrías durante esas horas y, de esta manera, no interrumpir sus tareas cazadoras. Debido a la sensibilidad de las células cerebrales al calor, su debilitamiento y desaparición produce anomalías y desorientaciones en la conducta, lo que no ocurría con los iniciales homo sapiens, pues su generosa reserva evitaba estos trastornos.

Antes de que invente armas arrojadas que le permiten cazar a distancia, el acosamiento a la presa era una muy difundida estrategia; hay varios animales que aventajan a los seres humanos en velocidad, pero la posibilidad de mantener un ritmo persistente por más tiempo hizo posible dominar al animal perseguido que culminaba agotado. La abundancia de células cerebrales debía tener una compensación

somática para posibilitar su refrigeración y esa compensación está en los cinco millones de glándulas sudoríparas exocrinas que mediante agua combaten el calor orgánico en amplias áreas, a diferencia de otros mamíferos que restringen este refrescamiento a la mucosa nasal y la lengua. La humedad de la piel se evapora al contacto con el aire con el consiguiente descenso de la temperatura de la sangre capilar que circula cerca de la piel. Este proceso permite eliminar más del noventa por ciento del exceso de temperatura del organismo humano que exceda a la normal requerida.

Este eficaz y sofisticado proceso de refrigeración, tiene un costo. La piel humana tiene que tener condiciones adecuadas para que funcione: carecer de la pelambre propia de la mayor parte de mamíferos y ser lo suficientemente lisa para que el sudor y el aire cumplan sus funciones sin obstáculos, lo que muy difícilmente podría ocurrir en una piel con recubrimiento piloso. Los bellos que quedan en el cuerpo —excepto en la cabeza, las

axilas y el pubis— son rezagos de nuestra remota época que han dejado de cumplir sus funciones específicas.

Pero esa abundancia de células en el cerebro le posibilitan razonar, analizar en la mente los problemas y anticipar soluciones. Hasta lo que sabemos los seres humanos somos los únicos cuya conducta no se limita a responder estímulos externos y a adaptarnos a las condiciones que el entorno físico impone. Actuar implica hacer un paréntesis de la realidad externa, analizar en el interior de la mente las impresiones que nos llegan desde diversos ángulos, descubrir posibilidades diferentes y penetrar más allá de la apariencia inmediata de los fenómenos para regresar al mundo exterior con nuevas perspectivas que nos permiten tomar la iniciativa y realizar cambios en función de nuestros intereses, en otras palabras adecuar el entorno físico a lo que nosotros aspiramos que ocurra en beneficio propio.

Podemos, gracias a estas peculiaridades prever el futuro,

anticipar con un razonable grado de certeza lo que va a ocurrir y organizar nuestras vidas en función de lo que esperamos. Toda vida humana es un proyecto en el sentido de que, al no haber nacido hechos totalmente, de una manera u otra nos hacemos, conformamos nuestras personas. Hacerse en este sentido sólo es posible si es que, previa la realidad, tenemos una idea de lo que queremos y estamos en condiciones de decidir nuestros actos para que se de la transformación esperada. Si vivir es hacerse a lo largo del tiempo, es evidente que contamos con algunas opciones y que con frecuencia escogemos una de ellas entre varias, es decir que contamos –para bien o para mal– con algún espacio de libertad que tenemos que usarla a gusto o a disgusto. Si todo estuviera previamente determinado, nos aliviaríamos de muchas incertidumbres que generan ansiedad y angustia ante lo desconocido, pero no disfrutaríamos de las satisfacciones que provienen de las exitosas realizaciones que son producto de nuestra creatividad y esfuerzo. La desnudez física da lugar al problema de la desprotección frente al frío lo

que da lugar a iniciativas para protegerse. Ante esta situación aparece...

El mono abrigado

No debemos olvidar que, siendo parte del reino animal, seguimos manteniendo esa condición y que un importante porcentaje de nuestras necesidades provienen de ella. Respirar, nutrirse, beber agua, protegerse del frío o el calor excesivos son algunas de las urgencias que debemos hacer frente al igual que los otros integrantes de este reino, sujetos a condicionamientos. En el caso de la alimentación, influyen las peculiaridades biológicas pues, en ningún caso podríamos solucionar este problema de la misma manera que lo hacen los vacunos. Cuando se trata de fríos y calores, en parte podemos hacerlo como los animales buscando sombra o lugares protegidos de las inclemencias del tiempo, pero puesto que nuestras pieles están mal equipadas para este propósito como antes lo anotamos, hay que recurrir a otro tipo de soluciones.

La más elemental es cubrir el cuerpo de alguna manera imitando a los animales mejor dotados en este sentido, es decir expropiando –no es posible tomar en préstamo– pieles gruesas y ricas en pelaje que, con sabiduría, la naturaleza diseñó para las diferentes especies. Esta precaria forma de vestimenta se complementa con las condiciones del entorno y con las no menos precarias condiciones de vida en la primera etapa de la presencia humana en la tierra. Debía sobrevivir de la caza y la recolección, la carne era fundamental para su subsistencia quedando partes no comestibles de los animales cazados como los huesos y las pieles. La piel fue, dentro de este contexto, un subproducto que debía utilizarlo para proteger su cuerpo contra las inclemencias del ambiente, procesándola en forma elemental para, usando raederas, quitar la grasa adherida y suavizarla ya que, separada del cuerpo animal se tornaba dura.

El ingenio humano recurrió a una variada tecnología para lograr de manera más eficaz estos propósitos, mediante sistemática

masticación como los esquimales o recurriendo a sustancias del entorno que tenían la propiedad de ablandar las pieles iniciando de esta manera los complejos procesos de curtiembre. Si nos limitamos a la vestimenta, en nuestros días las pieles de los animales ocupan un muy reducido espacio accesible, en algunos casos a personas muy adineradas y que, más que el propósito de combatir el frío tienen el de manifestar poder económico. Esta primera etapa de la vestimenta podríamos interpretarla como una mala imitación a los animales ya que, en ningún caso, la manera cómo se cubrían quienes largamente nos antecieron en el tiempo lograba la funcionalidad protectora de los dueños iniciales de las pieles ni éstas se acoplaban a los cuerpos con el sentido estético natural que encontramos en la mayor parte de las especies animales.

Si aceptamos una definición simplificada de ser humano como “una mano liberada de la tarea de sustentarse y caminar, que convertida en una herramienta de uso múltiple, bajo la guía de un cerebro altamente desarrollado introduce

una gran variedad de cambios en el entorno en que se desarrolla” habría que añadir al tradicional calificativo de “sapiens” que se ha dado a nuestra especie, el de “habilis” (hay quienes creen que ésta desplaza a la primera) pues, sin afirmar con la contundencia de antes que es el único que elabora objetos, es evidente que lo hace en proporciones superiores en extremo a los demás animales y que cada vez a mayor ritmo innova esta capacidad mediante tecnologías cada vez más complejas.

Al tornarse en muchísimos espacios imprescindible la necesidad de solucionar el problema de la protección contra el frío, tornándose la vestimenta en una segunda piel, comenzó a pensar en otro tipo de cobertura que con mayor funcionalidad que el cuero animal cumpla este propósito, superando su rudeza y rigidez y permitiendo un mejor acoplamiento a las características anatómicas del cuerpo. Sin pretender hacer una historia del vestido, se da un paso trascendental cuando comienza a usar fibras animales y vegetales para este propósito, lo que supone una

serie de pasos que en ningún caso podían darse de la noche a la mañana.

Transformar la lana en hilo, entretejerlo para que adquiriera una superficie plana a fin de adecuarla a las partes del cuerpo que requieren protección fue una secuencia de procesos a lo largo de mucho tiempo. Estos avances son paralelos a la creación de maquinarias que facilitan y aceleran la tarea como los telares. Cuando las telas se generalizan y desplazan en gran medida a las pieles animales, se dan modificaciones de mucha importancia en la organización de la vida, ya que la ligereza y suavidad de este nuevo tipo de cobertor posibilita una mayor agilidad de movimientos y se compagina con la suavidad natural de la piel.

Puesto que este proceso posiblemente se dio en épocas similares en distintos lugares del planeta que eran incomunicados por las condiciones de los tiempos, no es fácil afirmar en qué parte se inició y cuáles fueron las primeras fibras destinadas a este propósito. Lo que si es coherente afirmar es que la

sedentarización, nacida del cultivo de la tierra, jugó un importante papel ya que, al domesticar algunos animales se contaba con diversas lanas en abundancia sin tener que depender, para obtenerlas, tan sólo de la cacería, al igual que poder cultivar vegetales como el algodón que cumplían similares propósitos. Habiendo, por otra parte, un excedente en la producción de alimentos, era posible que algunas personas se dediquen a tareas no productivas alimenticias inmediatas como el hilado y el tejido para satisfacer, no sólo sus necesidades, sino las de los integrantes de la colectividad.

La curiosidad para buscar nuevos tipos de fibra, no escapó al gusano de seda, la finura del capullo hizo que se lo explotase para transformar en prendas de vestir contribuyendo a ello la docilidad de los gusanos que, satisfechos con contar con abundancia de morera, no ponen obstáculos a su disciplinado trabajo, lo que no ocurre con las arañas cuyas fibras son superiores, pero que se niegan a someterse a un sistemático control del ser humano para explotarla. Una

creencia generalizada ha hecho de la abeja el símbolo de la laboriosidad, creo que podría competir, quizás con ventaja, el gusano de seda.

El mono ostentoso

“Ande yo caliente y riase la gente” es uno de los asertos que la sabiduría popular ha consagrado a lo largo de los siglos. Sintetiza la idea de que la comodidad personal tiene prioridad sobre las ideas que la gente elabora sobre el comportamiento de las personas. En este caso lo fundamental en el vestido que se usa es la comodidad que nos da, importando un rábano las opiniones sobre el buen o mal gusto o la sujeción o contrastación a las normas culturales. Si esta fuera la tónica general de los seres humanos, otro sería el mundo –no se si mejor o peor-. Es muy frecuente que tenga más peso en determinadas pautas de conducta la apariencia con el propósito de obtener aprobación –mejor si alabanzas de las gentes del entorno, que la comodidad personal. Para muestra un botón –un zapato sería más correcto-

La sabia naturaleza diseñó el pie humano para la función de mantenerse erecto y caminar cuando definitivamente nuestros antecesores descendieron de los árboles. Al tornarnos bípedos totales y convertir las manos en multiherramientas, debieron los pies sostener todo el peso del cuerpo y, a diferencia de los cuadrúpedos, contar para caminar con solo este par de extremidades. El calzado fue un invento posterior para protegerlo de las durezas de los pisos naturales –varios antropólogos consideran que el zapato en sus muy diversas manifestaciones fue el primer medio de transporte-, pero para sustentarse y moverse sin este auxiliar, su forma arqueada y el dedo gordo conforman un muy funcional sistema de palancas que ahorran grandes esfuerzos. El uso de zapatos con tacones más o menos altos, gruesos o tipo aguja, sobre todo por parte de las mujeres, rompe las bondades de este diseño natural y ubica a los pies contra natura al ponerlos, no horizontales sino oblicuos alterando la posición del organismo con el propósito de aparentar mayor altura y esbeltez en el cuerpo, al obligar a posiciones for-

zadas a una serie de músculos.. Se sacrifica la comodidad a la buena imagen proyectada hacia los otros.

No nos conformamos con ser parte de la masa, nos negamos a ser personas comunes y corrientes, como individuos o partes de un grupo buscamos la manera de diferenciarnos valiéndonos de muchos mecanismos que las diferentes culturas establecen y para expresar esta diferencia nos valemos de los símbolos que los creamos y cambiamos con agilidad. La vestimenta no escapa a esta forma de



manifestación externa y diferenciación. Si buscamos expresiones de identidad de las culturas, no podemos prescindir de la manera como visten, siendo la ropa un medio para que mucha gente se sienta satisfecha por constatar con su vista que es parte de un grupo mayor. Uno de los componentes de la vestimenta que juega un importante papel en este afán de diferencia es el material y la seda interviene de diversas maneras como es el caso del comentario con que se inicia este artículo “aunque se vista de seda, la mona, mona se queda”.

El mono púdico

No sabemos de especie animal alguna que se empeñe en ocultar determinadas partes de su cuerpo o sentir especial atracción o repudio ante ciertos órganos de sus semejantes u otros animales. El ser humano es la excepción. En el mito bíblico, luego de que Adán no resistió la tentación de saborear una manzana, se ocultó y cuando el Señor salió en su búsqueda diciendo “Adán Adán, ¿dónde estás”?, su respuesta fue: “aquí estoy, Señor

desnudo”. No nos dice la Biblia que Dios creó al ser humano partiendo de un muñeco de barro y un soplido completamente vestido, de lo que se deduce que en ningún momento, luego de la manzana, se desnudó. Sintió vergüenza de su desnudez por primera vez a causa de su desobediencia y luego se ha interpretado como pecaminoso, es decir ofensivo a la divinidad, mostrar a otras personas –salvo mínimas excepciones- los órganos genitales, quizás más los femeninos que los masculinos.

En términos históricos no conocemos cuándo apareció en los grupos humanos las nociones de pudor e impudor, cuándo se consideró contrario a la moral y las buenas costumbres descubrir ante los demás estas partes del cuerpo, pero es un fenómeno que se da casi en todas las culturas que conocemos. La licitud sobre lo que está permitido exhibir ante los otros y lo que es pecaminoso o ilegal hacerlo, varía de cultura a cultura y van desde las burkas que usan las mujeres de determinados grupos extremos musulmanes y cubren la totalidad del cuerpo dejando apenas

una malla para que sea posible mirar hacia afuera, hasta elementales taparrabos de tribus selváticas. Desde este ángulo, la vestimenta cuya inicial tarea era la inocente de proteger el cuerpo contra el frío, adquiere la no inocente de cumplir con las normas de pudor; digo no inocente ya que el descubrimiento de lo no permitido se considera indecente.

La universalidad de la vinculación de la vestimenta al pudor es tal, que cito a Cervantes que, en el capítulo XI de la Primera Parte, cuando habla de los encantos de la edad dorada del mundo, aún no corrompido por la civilización dice:

“Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la portantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entreteji-

das, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.”

Amplio material hay para hacer disquisiciones sobre el sentido y sin sentido de estas pautas de conducta y de la manera como se aplican en las diversas culturas, pero para el propósito de este tema vale la pena notar que hay otra categorización de la vestimenta en relación con la cercanía a las partes íntimas y las tensiones e inquietudes que genera en las personas cuando comienzan a manifestarse al exterior. Cubrir y descubrir se ha convertido en un juego y un reto que desemboca en exageraciones de diversa índole y a las timoratas o audaces interpretaciones de la siempre cambiante moda. Los humanos hemos sido extremadamente pródigos en levantar edificaciones mentales y afectivas de toda índole respecto al sexo habiendo llegado a su culminación con el pansexualismo estructurado por Sigmund Freud. Tradicionalmente el “arte” de desvestirse por parte de las mujeres ha despertado una

mezcla de admiración y repudio y mecanismos con alguna forma de legitimidad para exhibicionistas y voyeuristas. En los últimos tiempos, no se si como consecuencia de la liberación femenina o masculina, hay hombres que practican este “arte” para deleite visual y hormonal de sus contrapartes.

¿Qué tiene que ver todo esto con la seda?. Una mezcla de pudor, higiene, funcionalidad y moda han catalogado la vestimenta interior y exterior de las personas. La exterior se encuentra vinculada a la ostentación en sus múltiples manifestaciones y la interior al abrigo y la higiene. En principio, no cabría relacionar la ropa interior con modas y otras formas de indicar condición social ya que estas prendas no se exhiben, a no ser que se trate de personas muy especiales, pero la competencia por vestir con elegancia y estar al día en los últimos gritos de la moda ha superado la cobertura exterior y ha sentado sus reales en las partes íntimas. Los modelos de lencería son de los más variados y diversos a la vez que los colores son a veces más variados que en las otras prendas. La seda,

símbolo de elegancia, también tiene su amplio espacio en estos atuendos, pudiendo explicarse el fenómeno oculto por la suavidad de la tela que muy bien merecen las partes íntimas.

El mono jerárquico

Las jerarquías se dan ya entre los animales que viven en grupo y tiene que ver con alguna forma de liderazgo para la movilización y de preferencias en la reproducción y relaciones sexuales. En el caso de la especie humana este fenómeno se agudiza y se refuerza mediante una serie de pautas culturales que se han creado a lo largo de los tiempos para establecer diferencias de categoría entre quienes forman parte de un grupo y entre grupos. Toda persona nace igual, pero a medida que pasa el tiempo comienzan a surgir múltiples diferencias con los demás, diferencias que varían de cultura a cultura y que han sido creadas por los propios seres humanos. Ser diferente y distinguirse de los demás por algún nivel de superioridad, es una tendencia generalizada y al

estructurarse las sociedades los indicadores de estas jerarquías se consolidan.

El género y la raza han sido elementos que con más fuerza han contribuido a estas diferencias de categorías, partiendo de variaciones biológicas que nada tienen que ver con las capacidades de las personas pero que han sido la raíz de prejuicios que tanto daño han hecho a la humanidad. Factores económicos, políticos y sociales se han añadido y, para lo pertinente a este artículo, ha habido en todos los tiempos una tendencia a expresar esta diferencia a través de una serie de símbolos externos sobre los que cada cultura tiene un consenso. Uno de los elementos de los que se han servido ha sido la vestimenta que, mediante disposiciones legales o simplemente prácticas sociales han servido para designar profesiones o rangos. Militares, ministros religiosos, funcionarios han debido vestir ropajes diferentes para dar a conocer su condición y también jerarquía dentro de su grupo como el obispo que de alguna manera diferencia su vestimenta del cura.

También la vestimenta ha tenido una función ceremonial como los ropajes que usan los practicadores religiosos de muchos credos o las personas comunes en determinadas ocasiones como ocurre con los vestidos de novia que se caracterizan por su suntuosidad. En ceremonias militares especiales, los uniformes son diferentes y con aspiraciones deslumbrantes. Hay ropajes especiales para ceremonias civiles. La ceremonia significa algo que ocurre fuera de lo común y esta situación que trasciende la vida cotidiana tiene que ser destacada a la vista del público con atuendos fuera de lo común. En este tipo de eventos podemos también hablar de una jerarquía, aunque los papeles de las personas se agoten en esa situación. Si se trata de un matrimonio, por ejemplo, la novia es la figura estelar, inclusive más que el celebrante, de allí que la ropa que usa tiene una preponderancia extrema sobre las de los invitados, aunque se trate de una competencia de elegancia. La mayor parte de las ceremonias buscan lo mejor para los ropajes, sobre todo de los protagonistas, búsqueda que incluye la calidad de los

materiales, debiéndose recurrir a los mejores –o considerados como tales por la colectividad correspondiente–, para que la ceremonia tenga la mayor relevancia posible. La seda es ampliamente solicitada en este tipo de formas de comportamiento ya que tiende a dar realce a los participantes y a contribuir a la mayor dignidad o suntuosidad de este sistema de rituales.

El mono vanidoso

En los últimos años se ha puesto de moda la palabra “autoestima” para hacer referencia a la imagen y nivel de valoración que cada quien tiene de sí mismo y que a veces es pariente muy cercana de vanidad, que el diccionario de la Real Academia de la Lengua define como “arrogancia, presunción, envanecimiento”. Si la autoestima es baja puede la persona adolecer de alguna forma de complejo de inferioridad, si es excesiva casi es seguro que se confunda con vanidad. Muy difícil es ser juez y parte de uno mismo, el nivel de valía de cada persona depende de los juicios que los otros hagan, no tanto de lo que

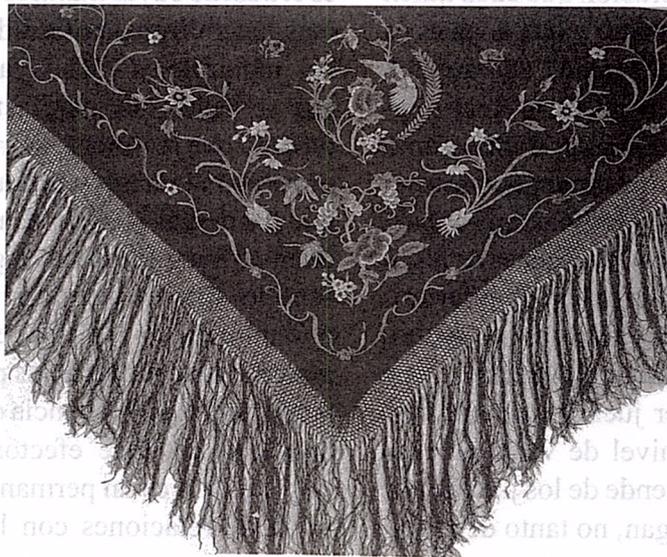
realmente somos, sino de la imagen que proyectamos hacia fuera. Si, por regla general, la primera impresión que generamos en los otros se fundamenta en la percepción sensorial externa, es usual que todos nos empeñemos en ser exitosos dando un razonable nivel de importancia a nuestra apariencia.

“Hay que dejar una buena impresión” es un consejo y un convencimiento que influye en la organización de la conducta, lo que depende en buena medida de la manera como cubrimos el cuerpo. Pariente muy cercano del vestido es el adorno cuyas manifestaciones más generalizadas en Occidente son los maquillajes y las joyas con lo que se busca, no manifestar a los otros lo que realmente somos, sino proyectar la imagen que queremos que los demás reciban de uno, con buena o mala fortuna. Fingir, en el sentido amplio del término, más que un defecto, es una tendencia generalizada en todas las personas y que, con más frecuencia de lo que creemos, produce efectos positivos. La vida es un permanente sistema de relaciones con los otros

que se encuentra regulada por códigos y normas que, a gusto o disgusto, los debemos aceptar si buscamos una coexistencia pacífica y civilizada.

Con más frecuencia de la que creemos damos al vestido una función de adorno y lo usamos en parte para resaltar la belleza que se encuentra en todo cuerpo y cara, o para ocultar la fealdad. Cuando nos referimos al vestido como adorno, no sólo hacemos mención a una serie de elementos añadidos que nada tienen que ver con la protección contra los elementos de la naturaleza, sino que pretenden em-

bellecer la prenda que se usa. Bordados, piedras preciosas o semipreciosas, lentejuelas, combinaciones con hilos especiales, juegos con la costura no tienen otro propósito que hacer más hermosos los atuendos con la esperanza de que se contagie esa hermosura a la persona que la usa o que, ante la poca posibilidad de alabar con realismo sus dotes físicas, se añada a su ser juicios como que posee buen gusto o está al día en las más avanzadas variaciones de la tan veleidosa moda. Son frecuentes los casos en los que los componentes añadidos como adornos al vestido afectan la comodidad como los altos tacones



de los zapatos que comentamos o la falta de necesidad y funcionalidad en las corbatas.

Queremos ser mejores de lo que realmente somos, lo cual está bien si es que implica un permanente esfuerzo de superación, pero es discutible si es que buscamos aparentar que somos mejores recurriendo a artificios socialmente alentados y promovidos como la moda en el vestuario, que Gilles Lipovetsky la llamó “El Imperio de lo Efímero” en el libro que lleva ese título y el subtítulo explicativo “La Moda y su Destino en las Sociedades Modernas”.

Más que discutir la superficialidad o consistencia de la moda, hay que considerar que se trata de un hecho real que impacta con fuerza en decisiones que toman en segmentos de su vida muchas personas y en cómo complejos operativos que apuntan a la vanidad tiene respuestas amplias para robustecer “imperios ocultos” de alto poder económico, cuyos “súbditos” o dirigentes, -según la perspectiva con que se juzgue- lo integran gentes con poder económico

para sentirse adelantados de su comunidad que lo demuestran al ser las primeras en usar aquello que un no muy conocido grupo de personas deciden que es lo más avanzado de la moda; diseñadores que han consagrado sus nombres como pontífices del buen gusto en materia de vestir y los que creen que una manera de estar en los altos estamentos sociales es, simple y llanamente, gastar todo el dinero que se requiera para vestir como los grandes de la moda.

Este fenómeno no es nuevo, basta pensar en los extraños y complicados vestuarios de los que formaban parte de las cortes reales y la gran cantidad de tiempo dedicado a vestirse y adornarse todos los días, así como de un importante número de imitadores que no formaban parte de la nobleza. En nuestros días no hay obligaciones ni restricciones vinculadas a la moda. Se trata de una forma de comportamiento abierta sin que se requiera formar parte de tal o cual grupo para acceder a determinados tipos de vestido. Se habla más bien de que la moda -la alta costura- es un camino para acceder a elevadas

posiciones sociales. Se ha dado también una reacción contra estos dictámenes alentando la informalidad, siendo uno de los resultados la “bluejeanización” del mundo occidental que no es otra cosa que recurrir a vestimenta símbolo de actividades rudas y campesinas como protesta con las exigencias urbanas en este ámbito.

Con todos estos avatares, sigue la seda siendo considerada como un material propio de los altos estilos y manteniendo su de-

manda en grupos rectores de la alta categoría en el vestir. A sus condiciones intrínsecas de suavidad y finura, añade la creada por los seres humanos: ser propia de gente distinguida que aprecia la calidad.

Por supuesto, los laboriosos gusanos en el interior de cuyos cuerpos se procesa este tipo de tela, no tienen la menor idea de su contribución a los usos y costumbres de sus cultivadores ni a las presunciones y envidias que han creado. ■

Bibliografía Consultada

- Fialkowski, Konrad A mechanism for the Origin of the Human Brain: a Hypothesis, 1986, Current Anthropology, 27
- Harris, Marvin Nuestra Especie, 2001, Alianza Editorial, Salamanca
- Lipovetsky, Gilles El Imperio de lo Efímero, 2002, Anagrama, Barcelona
- Morris, Desmond, El Mono Desnudo, 1971, Plaza Janés, Barcelona
- Pick, Pascal y otros, La Historia más Bella de los Animales, 2002, Anagrama, Barcelona
- Toussaint-Samat Maguelonne, Historia Técnica y Moral del Vestido, 1994, Alianza Editorial, Madrid